

La Ley en el Sinaí No Era Nueva |

Gálatas 3:19

«¿Para qué, pues, sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones.» De las evidencias presentadas en el estudio de Gálatas de la semana pasada, queda perfectamente claro que la **ley de Dios**, los **Diez Mandamientos**, en forma escrita, tanto en tablas de piedra como delineada en sus principios en los estatutos y juicios de las «indicaciones adicionales dadas a Moisés», fue pronunciada, fue dada, fue añadida, a causa de las transgresiones de los hombres. A medida que los hombres se adentraban más en la oscuridad, el Señor los siguió con esfuerzos adicionales y con más detalles para llevarlos a la luz. De hecho, se adentraron tanto en las transgresiones y la oscuridad que el Señor realmente los siguió hasta el punto de darles «estatutos que no eran buenos». La historia completa se narra en el siguiente pasaje: —

La ley de Dios existía antes de que el hombre fuera creado. Los ángeles eran gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después de que Adán y Eva fueron creados, Dios les dio a conocer su ley. No estaba escrita entonces, sino que Jehová se la repitió.

El Sábado del cuarto mandamiento fue instituido en Edén. Después de que Dios hubo hecho el mundo y creado al hombre sobre la tierra, hizo el Sábado para el hombre. Después del pecado y la caída de Adán, nada fue quitado de la ley de Dios. Los principios de los Diez Mandamientos existían antes de la caída, y eran de un carácter adecuado a la condición de un orden de seres santos. Después de la caída, los principios de esos preceptos no fueron cambiados, pero se dieron preceptos adicionales para encontrar al hombre en su estado caído...

Adán enseñó a sus descendientes la ley de Dios, la cual fue transmitida a los fieles a través de generaciones sucesivas. La continua transgresión de la ley de Dios provocó un diluvio de aguas sobre la tierra. Noé y su familia preservaron la ley. Noé enseñó a sus descendientes los Diez Mandamientos. El Señor preservó un pueblo para sí mismo desde Adán, en cuyos corazones estaba su ley. Él dice de Abraham: Él «*obedeció mi voz, y guardó mi encargo, mis mandamientos, mis estatutos, mis leyes*» (Gén. 26:5).

Si los descendientes de Abraham se hubieran mantenido separados de otras naciones, no habrían sido seducidos a la idolatría...

Solo unas pocas familias descendieron primero a Egipto. Estas aumentaron hasta convertirse en una gran multitud. Algunos tuvieron cuidado de instruir a sus hijos en la ley de Dios; pero muchos de los israelitas habían presenciado tanta idolatría que tenían ideas confusas sobre la ley de Dios...

Para dejarlos sin excusa, el Señor mismo condescendió a descender sobre el Sinaí envuelto en gloria y rodeado de sus ángeles, y de la manera más sublime y terrible dio a conocer su ley de Diez Mandamientos. No confió en que fueran enseñados por nadie, ni siquiera por sus ángeles, sino que habló su ley con voz audible al oído de todo el pueblo. Ni siquiera entonces confió en la memoria corta de un pueblo propenso a olvidar sus requisitos, sino que los escribió con su propio dedo santo sobre tablas de piedra. Quería eliminarles toda posibilidad de mezclar con sus santos preceptos cualquier tradición, o de confundir sus requisitos con las prácticas de los hombres.

Luego se acercó aún más a su pueblo, que tan fácilmente se extraviaba, y no los dejaría con solo los diez preceptos del Decálogo. Mandó a Moisés que escribiera, según él le indicara, juicios y leyes, dando instrucciones detalladas sobre lo que les exigía que realizaran, y así protegió los diez preceptos que había grabado sobre las tablas de piedra. Estas direcciones y requisitos específicos fueron dados para atraer al hombre errante a la obediencia de la ley moral, que tan propenso es a transgredir.

Si el hombre hubiera guardado la ley de Dios, tal como fue dada a Adán después de su caída, preservada en el arca por Noé, y observada por Abraham, no habría habido necesidad de la ordenanza de la circuncisión. Y si los descendientes de Abraham hubieran guardado el pacto, del cual la circuncisión era una señal de compromiso, nunca habrían caído en la idolatría, ni se les habría permitido descender a Egipto; y no habría habido necesidad de que Dios proclamara su ley desde el Sinaí, y la grabara sobre tablas de piedra, y la protegiera con direcciones definidas en los juicios y estatutos dados a Moisés.

Moisés escribió estos juicios y estatutos de la boca de Dios mientras estaba con él en el monte. Si el pueblo de Dios hubiera obedecido los principios de los Diez Mandamientos, no habría habido necesidad de las direcciones específicas dadas a Moisés, las cuales escribió en un libro, relativas a su deber para con Dios y entre sí. Las direcciones definidas que el Señor dio a Moisés con respecto al deber de su pueblo entre sí y con el extranjero, son los principios de los Diez Mandamientos simplificados y dados de manera definida, para que no yerren.

El Señor dijo de los hijos de Israel: *«Porque no habían ejecutado mis juicios, sino que habían despreciado mis estatutos, y habían profanado mis sábados, y sus ojos seguían los ídolos de sus padres. Por tanto, también les di estatutos que no eran buenos y juicios por los cuales no vivirían»* (Ezeq. 20:25). Debido a la continua desobediencia, el Señor anexó penas a la transgresión de su ley, las cuales no eran buenas para el transgresor, o por las cuales no viviría en su rebelión.

Al transgredir la ley que Dios había dado con tanta majestad, y en medio de una gloria inaccesible, el pueblo mostró un abierto desprecio por el gran Legislador, y la muerte fue la pena. («El Espíritu de Profecía», Vol. 1, páginas 261-265). (Véase también «Patriarcas y Profetas», cap. 32, párrs. 1-4).

Es cierto que el **sistema sacrificial** también fue dado, añadido, a causa de las transgresiones. Esto es verdad en cuanto a los sacrificios originalmente, con Adán y Abraham: también es verdad del sistema levítico dado a Israel en el desierto. Esto también se afirma en un pasaje citado en estudios anteriores, como sigue: —

«Se estableció entonces [«después de la caída»] un sistema que requería el sacrificio de animales, para mantener ante el hombre caído aquello que la serpiente hizo que Eva no creyera: que la pena por la desobediencia es la muerte. La transgresión de la ley de Dios hizo necesario que Cristo muriera como sacrificio, y así hiciera posible un camino para que el hombre escapara de la pena, y aun así el honor de la ley de Dios fuera preservado». («El Espíritu de Profecía», Vol. 1, página 261).

«El **sistema sacrificial**, encomendado a Adán, también fue pervertido por sus descendientes. La superstición, la idolatría, la crueldad y el libertinaje corrompieron el servicio sencillo y significativo que Dios había establecido. A través de un largo trato con idólatras, el pueblo de Israel había mezclado muchas costumbres paganas con su adoración; por lo tanto, el Señor les dio en el Sinaí instrucciones definidas con respecto al servicio sacrificial. Después de la finalización del tabernáculo, él se comunicó con Moisés desde la nube de gloria sobre el propiciatorio, y dio direcciones completas con respecto al sistema de ofrendas y las formas de adoración que debían mantenerse en el santuario. La **ley ceremonial** fue así dada a Moisés, y por él escrita en un libro. Pero la **ley de los Diez Mandamientos** pronunciada desde el Sinaí había sido escrita por Dios mismo en las tablas de piedra, y fue sagradamente preservada en el arca». («Patriarcas y Profetas», páginas 364, 365).

Así, tanto de la **ley moral** como de la **ley ceremonial** es cierto que fue dada, añadida, a causa de las transgresiones. La pregunta entonces es: «¿Cuál es la ley a la que se refiere preeminentemente esta cláusula en Gál. 3:19?» Y por las especificaciones ya notadas, en cuanto a que esta ley fue «ordenada . . . en manos de un mediador», y la asociación directa de este texto con la pronunciación de la **ley de Dios** en Heb. 12:20 y Deut. 5:22, ciertamente debe ser verdad que la ley que en este pasaje se intenta preeminentemente es la **ley de Dios**, los **Diez Mandamientos**, en forma escrita sobre tablas de piedra y en la Biblia.

[Advent Review and Sabbath Herald | 27 de febrero de 1900]